

No parece próxima todavía la apertura del curso en el Ateneo Barcelonés. Confiada este año la dignidad presidencial á un ilustre banquero, de opulencia crésica y de claro talento, mas no avezado á las literarias tareas de la tribuna académica, espérase con singular interés el discurso reglamentario con que anualmente se inauguran los trabajos de la docta corporación.

En cuanto á las secciones, únicamente la de Ciencias morales y políticas ha señalado el tema de discusión, que habrá de comenzar, en virtud de una usanza convertida en ley, por la lectura de la Memoria que redacta el Secretario. Reciente aun y no resuelta la pavorosa cuestión social en nuestras provincias meridionales, apenas conjuradas y, por decirlo mejor, siempre latentes, las crisis obreras en los centros fabriles de Cataluña, pocos asuntos podían ofrecer interés más actual y palpitante, así en el campo especulativo de la sociología como en el terreno donde ha de buscar la Industria las soluciones prácticas de los problemas económicos, que el asunto anunciado en el tema: «*Conflicto entre el capital y el trabajo; medios para resolverlo.*» Largo trabajo le han mandado á esta pluma pecadora que no suele meter sus quebradas puntas en tales profundidades.

Un suceso futuro, pero que ya será pretérito y de la víspera cuando estas líneas aparezcan en la REVISTA, es la publicación de un nuevo diario político, órgano genuino y esforzado adalid de las clases conservadoras y de los intereses proteccionistas. Dánle por nombre *La Dinastia* y le han sacado de pila buenos padrinos, cabiendo asegurarle mas larga y próspera vida que á sus predecesores en la prensa barcelonesa.

Gran invento el que ayer sometió á pública y oficial experiencia un químico humanitario que se ha propuesto licenciar el cuerpo de bomberos. Ya no habrá mas incendios. El líquido maravilloso, mortal enemigo del ígneo elemento, hará incombustibles... hasta las almas en pena que gimen, entre llamas de almazarrón, en los purgatorio de retablo.

Ah niñas! ya no serán terribles vuestras miradas de *fuego*, porque llevaremos empapado en ignífugo el pañuelo, y como quien hace pucheros, nos untaremos los ojos.

Ya no habrá pataletas ni berrenchines en que se os encienda la sangre, si acomodando el ignífugo al uso interno, tomáis á prevención un buen vasito de esta bebida.

Embarnad con la brocha gorda, de arriba abajo, toda la casa y sus accesorios, una hora antes de iniciarse el incendio, y luego dormid tranquilos. El fuego, atajado por la virtud de aquel

invisible amuleto, respetará vuestra hacienda, aunque os deje la casa tapizada y los muebles vestidos de rigorosísimo luto.

Jugar con el fuego, es fácil; rendirle... tal vez le sea por siempre imposible al ingenio humano.

Los grandes elementos de la Naturaleza tienen algo de divino en su poder incontestable y en su avasalladora soberanía.

Porque son obra de Dios.

—Pero esto es revista? me dirán ustedes con razón que les sobra. No señor: debió serlo, pero se ha corrido el molde y ha faltado amasijo. También había de ser Virgen lo que aquel escultor sacase del pastoso barro, y hubo de parar en San Antón, porque salió barbudo.

ÁLVARO LOPE ORRIOLS.

SANTA TERESA DE JESÚS

Y LA FAVORITA DE FELIPE II.

SEIS estatuas colosales de españoles célebres decoran las pilastras del Vaticano, en la colección de fundadores de institutos religiosos, que adornan aquellos muros: Santo Domingo de Guzmán, San Pedro Nolasco, San Ignacio de Loyola, S. José de Calasanz, San Pedro Alcántara y SANTA TERESA DE JESÚS.

A la derecha y hacia el paraje donde los católicos acuden á señalar su frente con agua bendita, se halla la estatua de la santa Doctora, probando al mundo católico que la celebridad de la ilustre hija de Ávila se halla extendida en toda la cristiandad y, por tanto, dentro y fuera de España, y no tan solo por su virtud eminente, sino también como fundadora y como popularizadora de la Teología mística.

¡Pero esto acontece ahora, después de trescientos y un año! Y en vida, ¿gozó Teresa de Jesús de tan universal favor? Ah! sabido es que los émulos de la Reforma Carmelitana no miraban con buenos ojos ni á la Escritora ni á sus escritos; sabido es también que no eran pocos los que llevaban á mal el que una mujer escribiera sobre puntos tan áridos, como son los de la Teología mística, siquiera sea por lo que dice san Pablo: *Que las mujeres en la Iglesia deben callar*, y sabido es, por fin, que no faltó una *ánima vilis*, que delatará á la Santa Doctora ante el Tribunal de la Inquisición, por el notable libro que escribió de su vida.

¿Por qué y por quién fué delatada la Santa? ¿Cuál fué el resultado de la delación? ¿Podía moralmente y debía en conciencia escribir su vida?

A todas estas preguntas vamos á dar cumplida contestación.

Santa Teresa comenzó á escribir su vida en Ávila y acabó de escribirla en Toledo, en casa de D.^o Luisa de la Cerda, señora de Malagón y hermana del Duque de Medinaceli.

Seis años después, escribió un segundo ejemplar de la misma obra, con más orden y mejor método; ejemplar que fué remitido á dicha Doña Luisa á fin de que ésta lo hiciera llegar á manos del venerable Ávila.

Antes de tomar posesión del monasterio de Pastrana, Santa Teresa pasó algunos días en compañía de los Príncipes de Éboli, quienes la acogieron con suma benignidad. Por entonces, á la princesa le vino el antojo de querer disfrutar del libro de la Santa, sin duda por no ser menos que las de Medinaceli y Alba; mas para comprender hasta que punto llegaría la discreción de la princesa, bastará decir que, mientras la duquesa de Alba guardaba el libro con gran reserva y lo leía en su oratorio, la de Éboli permitía que hasta los pajes y la dueñas se divirtieran con él, haciendo burlas de las revelaciones de la monja.

Muerto el príncipe de Éboli, ocurriósele á la princesa entrar religiosa en el convento de su propiedad, en Pastrana; mas su conducta queda descrita en las siguientes palabras: el primer día tuvo un ejemplar fervor religioso, el segundo mitigó la regla, y el tercero la relajó por completo y principió á tratar con seglares dentro de la clausura. Curábase tanto de la humildad que debía caracterizar á una buena religiosa, que hasta exigía á sus hermanas de convento que le hablasen de rodillas, y se asegura que en algunas ocasiones se atrevió á habérselas con la misma Santa Teresa, sobre todo, cuando la Santa se negaba á admitir como religiosas, á ciertas mujeres que, por más que fueran propuestas y recomendadas por la de Éboli, mas que para la casa de Dios, podían convenir para la casa del diablo. A tal extremo subió de punto la altanería de la princesa, que, no pudiendo resistir la entereza de carácter de la Santa Doctora, llegó á revelarse contra su superioridad, recordándole con harta frecuencia que era ella la sola propietaria del convento; á lo cual solía contestar la Santa que, en efecto, el convento era suyo, así como no lo eran las monjas que en él moraban. Por cuyo motivo, Santa Teresa resolvió trasladarlas á Segovia, no sin exclamar antes, que valía mas quedarse sin convento que sostener un convento malo.

Indignada la de Éboli, envió al Santo Oficio el libro de la *Vida de Santa Teresa de Jesús, escrita por ella misma*, y aun que repitiera la delación, su espíritu de venganza quedó sin satisfacerse; pues por dos distintas veces declaró el Tribunal

del Santo Oficio que el libro era excelente y muy propio para la edificación de las almas.

Los partidarios de la princesa de Éboli, tratan de atenuar la conducta incalificable de la dama contra la Santa, alegando que una mujer virtuosa y por tanto humilde no podía moralmente ni debía en conciencia escribir su vida. A lo cual contestaremos nosotros que, si parece á primera vista algo irregular que una persona humilde escriba ella misma su vida, publique los favores sobrenaturales que haya recibido, y busque, por un lado, la oscuridad y el olvido del mundo, haciendo, por otro lado, que no se pierda el recuerdo de su existencia, deja de parecer así, si se acierta á tomar en consideración dos circunstancias: la primera es la de que, al escribir el primer ejemplar del libro de su vida, no hizo más que obedecer el mandato de su confesor, el sabio y virtuoso dominico, Fray Pedro Ibáñez, y al escribir el segundo, no hizo mas que atender á la exhortación que le dirigiera el inquisidor Soto; y la segunda circunstancia es la de que escribiendo su vida, no hizo más que imitar la conducta de un varón ilustre, venerado como santo en los altares de la cristiandad. En efecto, lo que hizo Santa Teresa en el libro de su *Vida*, lo había hecho ya San Agustín, en el libro de sus *Confesiones*.

En resumen, para saber la justicia con que se procede, cuando se pondera la virtud y el saber de la esclarecida hija de Ávila, no hay mas que enterarse del brillantísimo informe que la Rota Romana dió á Paulo V, con motivo de los procesos de la beatificación, así como de la Bula de Canonización, y los elogios que, en las ediciones belgas de Forpens, escribieron acerca de ella, después de la carta de Fray Luis de León y la venerable Ana de Jesús, el ilustrísimo Yepes, Tomás Bizio, Fray Domingo Bañes, Fray Pedro Ibáñez, el doctor Enrique Enríquez, los P. P. Bartolomé Pérez, Jerónimo Ripalda, Gil González, Francisco Ribera y Antonio Posevino, los maestros Cristóbal Colón y Juan de Ávila y el padre Julián de Ávila; y para considerar y apreciar debidamente la inmensa distancia que mediaba entre Teresa de Jesús y su delatora, la princesa de Éboli, no hay más que recordar que, mientras Teresa es aclamada por *santa*, la princesa es recordada como una altanera y vengativa dama, cuyo mayor título fué el de haber sido favorita de la católica majestad de Felipe II.

ISIDORO FRIAS FONTANILLES.